

AMARUS/ Pedro Granados

Visión de Lima

La ciudad

Debajo de una serpiente herida

La ciudad mi ciudad

Hecha polvo

Mi madre mi padre

Mis hermanos ausentes

Y esta nube de tierra

Y esta serpiente de tierra

Sobre mi atónito

Y silencioso corazón

Visión de La Paz

Sobre los cuatro mil
metros de altura
te escribo. Sobre
las treinta mil
personas que he visto
en el camino.

Inhóspito el aire
para la poesía.

Enorme atalaya es ésta
para el control de
vidas y almas
y sexualidades.

Toda Bolivia se halla
en el ropero. También
el Perú. Y probablemente
el completo casco andino.

Encerrados en el ropero
de nuestros deseos
y de nuestra aplazada dignidad.

Un gigantesco amaru se ahoga
por la dura costra
que lo separa de la superficie.

Un flamante neumático

ahora mismo lo pisa.

Ver y correr y ser derrotado

enésimas veces.

En qué onda

pillar el aire.

A través de qué escondrijo

palpar finalmente tus piernas,

tu culo redondo,

tu espumosa vagina.

Todos somos salvos.

Todos somos inocentes

sobre tan rígido *ice cream* del mundo.

Ni todas las muecas del diablo pueden disimular

nuestros dientes de leche.

El mundo andino pasa todo

por un agudo periodo de refrigeración.

A Tilsa Tsuchiya

No hay color que no palpite
y no nos abra a la vida,
no hay rosa, no hay oficio conocido
o desconocido
que no nos diga de detrás, de siempre,
que no nos llame discretamente
en las sienes.

Hay rosas, hay sensaciones extrañas
como un collar radiante,
como un abrigo tibio,
como una precipitada cascada
que persigue a los peces más jóvenes
para acariciarlos.

No hay extremo, no hay orden
ni desorden ni aventura
ni recuerdos,
todo es un solo oficio,
todo es un solo puente,
todo es un solo brillo de sol en el agua,
en la lengua, en los dientes.

No hay partida, no hay retorno,

no hay lejanía.

Sólo una hermosa col

con sus hojas frescas y calladas.

Huacos eróticos

I

Hagan una cerámica

de nuestros cuerpos

los nuevos habitantes

de este país.

Somos nazcas o mochicas

en nuestros movimientos.

Aún no estamos enterrados

continuemos.

II

Sus dientes blanquísimos y apretados

destilan saliva y atrapan

el más tenue rayo de luz.

Y no es como alta montaña,

sino como duna del desierto.

Así han de conservarla en la arcilla.

III

Yo jamás toqué su cabellera

a la hora del amor.

Había de conservar su cuerpo libre

en aquellas primeras algas
que salían brillantes del mar.

IV

Es cierto, sus piernas
son tan densas como el lodo
y su cintura tranquila.
Pero ella sabe excitar
desde sus ojos,
desde la pródiga manera
en que se desnuda.

V

Quizá deberían
ignorar su ternura,
la forma lenta y sabia
como dispone sus miembros
al amor,
la incandescencia en su piel.
Todo aquello será muy difícil
de plasmar.

[Un muro de cerca]

Un muro de cerca. Porosidad.

Textura. Muchedumbre. Avidez.

Lejos de mis muros, ahora.

Lejos de mi sexualidad de niño

y de adolescente. La delicadeza.

Lejos del consuelo profundo de

cierta promiscuidad con los muros.

Florecidos sentimientos de amor hacia mi madre.

Muros. Juegos con los muros.

Entre los muros.

La historia universal resuelta sobre un muro.

Sin libros.

La turbia locuacidad

de las paredes desnudísimas de mi

infancia. El incomprendible cariño

de los ecos mudos. Los antiecos.

Lucho no sale a jugar, está haciendo

sus tareas. Frente a la casa de Angélica

ni preguntar. Y yo jugando vanamente

con una pelota de jebe

contra los muros. Botes.

Todas las cosas lejanas y cercanas.

Todas las cosas entreveradas

simultáneamente.

Arena. Espinas. Altorrelieves.

Todas las cosas imantadas allí.

Caras. Olores. Nubes.

Todas las cosas delicadas allí.

Tiernamente adheridas. Labios.

Cuadro

Una curva amarillo-naranja

sobre la noche oscura.

Son nuestros los sentimientos.

Son nuestras estas texturas de amor,

estas manchas iridiscentes de delicadeza.

Son nuestros los recuerdos. Todos.

En gruesas pinceladas cerca de un vértice

está mi madre. Es viento y es tierra

y es agua mi madre.

Al centro del cuadro está mi padre

insinuado por un color evasivo. Es fuego mi padre.

Nuestros son los viajes, los adioses

y acaso la soledad.

Una curva amarillo-naranja. O más bien

una hendidura. Una materia apenas entreabierta.

Una reciente cicatriz

acaso.

[Y otra vez aquella visión]

Y otra vez aquella visión:

un jirón de cometa descolorido, abandonado,

sujeto a los cables de la calle de siempre.

Ayer hablé con tu madre --te llamé por amor--

pero me di al teléfono con tu madre.

Nunca he sentido tantísimo resentimiento en una sola voz.

Y entonces advertí que todo volvía a su lugar.

Como el invierno en Lima,

como el verano en Providence.

Ser peruano en cualquier parte del mundo es imposible.

Ser peruano huaco y católico, cachero y manatí. Ser peruano brujo.

Porque hartos han andado la disuasión y el poder, por un lado;

y hartos han andado la miseria y la pena, por el otro.

No hemos visto y olido y palpado

por gusto.

Un pedazo de noche huele como la tierra.

La realidad tiene el contorno de un talle

y es muy dulce la verdad.

Anochece en esta parte del mundo.

Anocheció.

Notas al Inca Garcilaso

Soy viejísimo.

Realmente lo soy.

Mi madre hablaba en quechua

con mi tía Raquel

a la hora del lonche.

Me encantaba verlas alegres

en un lenguaje que no entendía,

que jamás entendí.

Con mi tío Epifanio mi madre también hablaba en quechua,

y aunque él andaba lejos

--inmerso en el trajín de su prole numerosa--

cuando ella murió, musitó:

“ahora sí que nos quedamos realmente solos”.

El quechua es un idioma que nunca he entendido.

Pero que consideraba mío por derecho propio,

hablaban y cantaban con él mi madre y mi padre.

Cantaron alguna vez --ya muy mayores--

un hermoso yaraví que quebró de canto a canto

la pequeña vasija que era nuestra casa.

Mi padre y mi madre se amaron, pues, a su manera.

Y compartieron todavía --después de aquel inolvidable yaraví--

como unos veinte años más con nosotros.

Resulta increíble estar escribiendo

sobre estas cosas. Se nota que también

nos vamos a morir.

Y jamás habremos aprendido el quechua.

Aunque es la palabra íntima de nuestra madre,

y los ojos pequeños y desconcertados de nuestro padre,

y el fuelle oculto en el corazón

de nuestros queridísimos hermanos.

Lo único que sabemos es que en quechua

no se puede vivir. En este orden de cosas.

Comunicarte en esta lengua es literalmente suicidarte.

Te aprietan fuertísimo la garganta

y el corazón se te sale de una vez por los ojos.

[Otra vez esta situación]

Otra vez esta situación

De estampida. De infarto.

Como desde cuando era pequeño

y me llevaba la mano al sexo

para calmarme. La carpeta al sexo.

La pared.

Me da la impresión de estar siempre en el limbo,

Me confesó una colega muy simpática,

de ojos y labios muy serenos.

Me da la impresión de fuga, a mí más bien.

De refracción de todas las cosas. De yuxtaposición.

De desequilibrio.

Sólo las caricaturas son ciertas a esta hora.

La miedosa estudiante gringa, el chino mimético,

el latino estúpido.

Hago un break, me inyecto

un poco de buen recuerdo.

Las imágenes del desamor me persiguen,

las de mi propio desamor.

Una fuente de agua

pugna en mi cerebro.

Una grieta se calca
y va partiendo mi corazón.
Otra amiga me dice, que vea
a mi alrededor,
que el placer está en mi entorno
y deje la melancolía.
Ella es mayor que yo, pero tiene
el alma de una niña.
Yo soy del Perú,
de padres del interior
y con mis otros hermanos
somos los primeros
en haber nacido en Lima.
Pero nada de eso importa ya.
Ningún folklor me distancia,
más bien me acerca.
Hoja de papel que cae desde un edificio muy,
muy alto.
Las grietas ceden y se inunda todo,
y se va entreverando todo en medio de un gran ruido.
La calma aún no viene.

Alturas de Samaypata

I

Samaypata es un Machu Picchu en pequeño,

nos dicen. Y el vulgo acierta.

Hora y media cuesta dejar atrás

el calor de Santa Cruz de la Sierra.

E instalarse. Pasar

por entre el ojo de aguja de sus calles.

Sin tocar la piedra.

Sin poner las narices sobre la roca fría.

Saber que Samaypata nos espera.

Para morir. Para vivir

quizá aún más de esta manera.

Con su mansa arquitectura bajo nuestros pies,

eso nos dice.

Con su insondable pantalla de aire,

aquéello nos ilustra.

Samaypata y el arte de morir,

de ir muriendo mientras caemos

en su profundo pozo.

Igual que en Macchu Picchu.

Aunque Samaypata es la muerte personal,

no comunitaria ni sideral. Individual nomás.

Un día fuimos allí
con nuestra india camba
de largos cabellos, fuertes y oscuros.

Un día allí fuimos, en Lima,
cuando éramos niños
y jugábamos en torno
a una de sus huacas polvorientas.

El gol era la muerte,
pero esto aún no lo sabíamos.

Y el alborozo,
la misma alegría de ahora. Oscura alegría.
Sin poner las manos sobre la roca dura
ni los ojos cerrados sobre la fría piedra.

II

Pertenecemos a una familia tan antigua
como la de los primeros hombres de la llanura.

Aunque en la montaña también encuentran
nuestras cenizas.

Hacer el amor sobre mi camba
es como penetrar dentro de un muro.
Como hacerle el amor a una rosa negra.

Samaypata es la hembra
escondida entre el follaje.
Piernas y caderas de mujer.
Y teticas de perra.
Así era aquella oscura muchacha.
Y la pinga se te vuelve de cuero.
Por continuar tumbado sobre la piedra.
Y los dientes te salen de más y los brazos
para mejor morderla y abrazarla.
Y las pantorrillas se te ponen de goma
para impulsarte
e ir conociendo el arte de morir en Samaypata.
Sin respirar la piedra ni lamer la roca dura
ni yacer de bruces al fondo del abismo.

III

El regreso desde Samaypata
me trajo aquí.
Que no es Samaypata, esto está claro.
Que no soy yo tampoco.
Que no es nadie, quizá. Sino sólo
cierto espejismo de luces y altos edificios
sobre la paciente hierba.

IV

Un manjar puede ser
cualquier bocado.

Por eso escribes a pesar
de tu sentimiento impuro.

No hay un lugar ni un tiempo
ideal. Por eso

aproximas tu cabeza
al abismo del papel.

Samaypata ha dejado
una larga estela de estrellas.

De aglomeradas estrellas de muerte.

Media hora menos dura
el camino de regreso al llano.

A la embestida del calor
de Santa Cruz de la Sierra.

Al asalto del frío de Boston.

Aunque por ahora vivas
dentro del avión de tus recuerdos.

Y el hecho próximo futuro
sea el de tu propia extinción.

Quizá en Samaypata.

Quizá tocando la loza misma
de aquellas espléndidas estrellas.

Con nuestra gota de sombra confundida
y feliz entre tantas otras sombras.

Pero esto no lo sabes todavía. Y por eso escribes
con tu soledad impura.

A medias sola. Acompañada
a medias

No hay un lugar ni un tiempo
ideal.

CARAL

En vez del cráneo de una calavera
acaricio una piedra que he traído a Lima
desde la cinco veces milenaria
ciudad de Caral.

Es un canto rodado grande,
perfectamente plano en su base,
que utilizo para tener en pie
algunos libros. Para tenerme en pie.

Ápice de alguna lengua.

La luna en cuarto menguante,
a manera de ejemplo.

Y junto con esta piedra
–de agigantadas papilas
y evidentes cicatrices –
les escribo.

Ella de cinco mil años;
la mía de cincuenta.

Irregulares, quiñadas,
y gozosas lenguas gustativas.

No menos sexuales, por cierto.

La libra de toto se mide por la vista
y se mide por la lengua.

Como lo saben muy bien
mis discursivos colegas dominicanos.

La luna en cuarto menguante,
a manera de ejemplo.

[Escribir luego de eyacular]

Escribir luego de eyacular

Ya no hay pretexto

Para imaginar que la poesía

Puede ser otra cosa

Mejor dicho un más allá mejor

Pero si todo se derrumbara

Y perdiera la compañera la

Propia vida

Y los recuerdos

Estoy seguro que ella

Me recogería

Nos recoge

Como los seres frágiles

Y desorientados que somos

Un solo sonido la alimenta

Una sola mirada

Es su recompensa

Y una caricia

Ni se diga

Que no se los dije

Que no se los advertí

Una leve seña le basta

Y sale a la pista

A bailar contigo

Hasta la muerte

Camino a Puruchuco

Dos tetas y un pene

a todo lo largo.

Una luz.

Un cometa

en la órbita precisa

de tu vagina.

Así percibo estas ruinas.

Restos del camino incaico

que iba de Pachacamac

a mi alma. A Puruchuco.

Sin más lenguaje

que un improvisado

trabalenguas.

Sin más trámite

que el amor de su mirada.

Mi hermano Germán.

Que no se bañaba

aunque el sol ardiera.

Y no dudaba del amor

pero ni un solo instante.

El eco de un gruñido

y una bala pensativa

que se incrusta

como Alicia

a través del ano.

Lugar privado y maloliente

pero de astros relampagueantes

y de boca en vilo:

por lo absorta y agradecida.

Las palabras son personas concretas.

Jamás metonimias de un sistema

inferido. Ni un sesudo pensamiento.

Diverso, fluyente, encrespado,

jadeante, testarudo

chasqui de pies y brazos

y rostro de bala.

Lívido.

Como mi corazón palpitante

y a la intemperie.

[Desde esa parte en la que no soy andino]

Desde esa parte en la que no soy andino
Sino del par de grapas entrecruzadas
Sobre un ángulo alto de mi papelógrafo
Gran poema el más distinguido
Con leve gusto a metal la lata
Jorobadas y aterciopeladas grapas
Con hijos sin hijos como dice el bonete
Sin bonete sin indio y sin camisa
Porque hace mucho calor

Desenchufado de mi origen
Globo aspa periódico escapado al viento
Una última y postrer señal sobre mi índice
Una impensada y final conmoción
Como encontrar un ratón bebé
Dentro del monedero
Como encontrar la felicidad
Escapándoseme a remo
Y entre los yuyos

Pero la he visto y sentido
Pero me ha visto y ha escapado
No soy indio no soy negro no soy blanco
Soy un desteñido más que no recibe el sol

Porque lo abrume y lo estresa
Le provoca herpes dolorosos
El sol que me canta sobre los párpados
El sol que hincha mis lágrimas
Y goloso las bebe

Ya voy a morir... yo, cualquiera?
Ya vamos... nosotros, ustedes?
Muramos de una buena vez de ser felices.

© Pedro Granados

VASINFIN Ediciones

Lima, 15 de julio de 2015